

combate según su modo de ser y que, á pesar de sus amenazas, no cambiaré el mío.

— A Ud para nada le servirá este dolmán — agregó Bocardo — mientras que yo puedo hallar modo de acomodármelo.

Arroyo lanzó una mirada de desprecio á su compañero; y después de aquellas despedidas que revelaban el carácter de los dos bandidos, el primero dió orden de devolver á los tres prisioneros, las armas y los caballos que les habían quitado. En seguida agregó:

— Que monten seis para traerme á la fugitiva. Enfrenen mi caballo porque yo iré con ellos; y Ud. también, Bocardo, Ud. me acompañará.

Bocardo nada replicó; no así la mujer de Arroyo.

— ¿Qué tienes que hacer con esa correntona? — dijo en tono agrio. — ¿Acaso no tienes el barril de pesos?

— Ya te he dicho para qué la quería — replicó con los ojos chispeantes de cólera y de deseo — para sacar buen rescate de su padre. Tú te quedarás aquí para vigilar el tesoro. Yo iré — añadió lanzando una blasfemia — y te parecerá bien, si no...

El bandido sacó su puñal con un gesto tan amenazador que la mujer no se atrevió á oponerse á la voluntad de su marido.

Mientras tanto, don Cornelio y sus dos compañeros se apresuraron á dejar la hacienda para llegar al lago de Ostuta. — Eran ya las diez y la luna saldría á media noche.

En cuanto al desgraciado don Fernando, nadie pensaba en prodigarle los cuidados que exigía su horrible estado.

Pero antes de acompañar á don Cornelio al misterioso lago y á la montaña encantada, volvamos á Gaspar, el mensajero de Gertrudis, al Zapote su compadre y al coronel Tres Villas á quien hemos dejado entre los bosques de bambú del río.

CAPÍTULO VI

DONDE JUAN EL ZAPOTE SIENTE VACILAR SU VIRTUD

Hemos dicho que Caldelas y don Rafael habían fortificado la hacienda del Valle hasta hacerla capaz de resistir á todas las fuerzas de la insurrección en la provincia. Además de tres piezas de campaña suministradas por el gobernador de Oaxaca, don Rafael había obtenido que el gobierno español corriera con el pago de los hombres de la guarnición, cuyo número era más ó menos de cien, y dejándole como comandante en jefe.

Esta carga, poco onerosa por lo demás al tesoro del virrey, habría excedido sobre los recursos del coronel; su fortuna, aunque bastante considerable, no habría sido suficiente, como podía calcularse, para el mantenimiento y equipo de sus soldados durante cerca de dos años.

El sueldo era para él mismo muy módico; pero los derechos de peaje pagados por todo el comercio que se hacía entre Puebla y Oaxaca y que recogía el comandante de la hacienda, lo doblaban y aun más, de donde resultaba que la guarnición ni pensara en quejarse de la prolongación ni de las fatigas de un servicio tan bien retribuido.

El teniente Veraegui, hombre bravo, emprendedor y

activo, encargado del mando en ausencia del coronel, se había contentado desde hacía tiempo con mantenerse á' la defensiva, hasta el momento que supo é hizo saber á don Rafael que la guerrilla de Arroyo estaba de regreso en la provincia. Resolvió entonces acabar con ella si era posible.

Sin embargo, como era muy interesado y por bravo que fuese, era poco escrupuloso, no se había dado prisa en poner sus proyectos en ejecución. Quiso dejar que Arroyo se enriqueciera y engordara con el pillaje, para obtener á la vez honor y provecho de la derrota del guerrillero. En su calidad de español, poco le importaba que desollaran á los criollos, si el fruto de las rapiñas de Arroyo debían engrosar su botín. Sus soldados participaban en un todo con su manera de apreciar las cosas; y esto explicará por qué se había limitado hasta entonces á la salida en que mató ó prendió una decena de bandidos.

En estas disposiciones de neutralidad filosófica se hallaba el teniente Veraegui cuando recibió un mensaje del gobernador de Oaxaca en la mañana del mismo día en que don Rafael burlaba la persecución de los hombres de Arroyo.

El mensaje le intimaba la orden de acabar lo más pronto posible con los pillos que infestaban la provincia; y le anunciaba la llegada aquella misma tarde, de un refuerzo de sesenta hombres de las milicias locales.

El catalán renegó algo al recibir esa orden que le obligaba á disminuir sus beneficios precipitando la ejecución de sus proyectos; pero no pensó en desobedecer ni por un momento. Sólo su humor, naturalmente poco sufrido con los insurgentes, se hizo agrio con este contra-tiempo; y nada bueno presagiaba para los que tuviesen la desgracia de caer entre sus manos.

Si se agregan á la orden de acabar lo más pronto posible con la banda de Arroyo, las noticias de la marcha próxima de Morelos sobre Oaxaca, la del levantamiento del sitio de Huajapam y la completa derrota de los sitia-

dores, se concebirá cuánto se reprochó el teniente catalán la suavidad que usara con los cuatro bandidos que hizo colgar del pescuezo, en lugar de colgarlos por los pies como sus tres compañeros.

Cerca de una hora después del paso del capitán Lantegas frente á la hacienda del Valle y sólo algunos instantes después de que, gracias á las sombras de la noche, fueren quitadas por orden de Arroyo las cabezas clavadas en la puerta, dos individuos se aproximaron á los muros almenados de la mansión de don Rafael.

Aquellos hombres eran el mensajero Gaspar y su compadre Juan el Zapote que esperaron la obscuridad para deslizarse hasta la hacienda, por temor de caer de día, en manos de los guerrilleros que la bloqueaban.

Se habían mantenido ocultos hasta la caída del sol; y fué tanto menor el riesgo que corrieron de ser prendidos por las gentes de Arroyo, cuanto que se sabe que éste las llamó todas para concentrarlas sobre San Carlos.

— ¡No veo á nadie á nuestro al rededor, caramba! ¡Todo está desierto aquí! — dijo el Zapote cuando llegaron á la gran alameda de fresnos que conducía á la hacienda. — Según todas las probabilidades, mis ex-compañeros han levantado el sitio. ¿Por qué?

— Poco nos importa — respondió Gaspar — lo esencial es que nos halleemos seguros entre estos árboles y que dentro de un minuto estemos en la hacienda.

— Es igual; pero me gusta darme cuenta de las cosas de este mundo.

— ¡Bah! marchemos siempre — dijo Gaspar.

— Poco á poco, compadre; hay que tomar precauciones. Si la virtud es lucrativa, aún es preciso practicarla con inteligencia, y mi talante... todo militar sería sospechoso á los centinelas: un balazo se suelta con tanta rapidez...

— El hecho es, mi querido Zapote, que tienes tal demonio de cara, que debías tratar de quitártela.

— Es la mala compañía que se ha descolgado sobre mí.

¡He sufrido tantas desgracias!

— ¡Y bien! Voy á acercarme solo y á darme á conocer

del centinela; en seguida te introduciré como un partidario ferviente de don Rafael Tres Villas y que se ofrece para libertarlo.

— Exactamente, con tal de que el coronel viva todavía.

— ¿Quién va? — gritó la voz estentórea de un centinela.

— ¡Gente de paz! — replicó Gaspar avanzando sólo él, en tanto que su compañero, por exagerada desconfianza de su fisonomía marcial, pues que era de noche, se colocaba instintivamente tras el tronco de un grueso fresno.

— ¡Pase de largo! — exclamó el centinela.

— Traigo noticias importantes del coronel Tres Villas — dijo Gaspar.

— Y queremos comunicarlas al teniente Veraegui — añadió el Zapote sin mostrarse.

— ¡Ah! ¿Cuántos son Udes.?

— Dos — respondió Gaspar al centinela.

— Avancen pues.

Los dos hombres franquearon la alameda de fresnos después de la cual la puerta se abrió ante ellos; y solamente el Zapote, entre todos sus antiguos compañeros de armas que bloqueaban la hacienda, sólo él pudo ver el interior de la fortaleza.

Formaban un baluarte, sacos de tierra apilados tras la muralla, de unos diez pies de largo y de altura suficiente para que los soldados, de pie sobre este contrafuerte, pudiesen combatir al abrigo del fuego de los sitiadores. Las almenas, que no eran otra cosa que la prolongación de las pilastras, acababan de dar aspecto de plaza fuerte á la hacienda del Valle.

Solamente una pieza de artillería se había colocado sobre el contrafuerte. Las otras dos, atacadas hasta la boca, descansaban sobre sus soportes tras el portón, apercebidas para cualquier evento exterior; ó bien para vomitar doble ola de metralla en toda la extensión de la alameda, con solo abrir los postigos.

Se habían practicado además cerca de aquella puerta muchas troneras para la defensa de cerca, troneras que también se abrieron á todo lo largo de las paredes.

El teniente Veraegui estaba ocupado en jugar á las cartas en su recámara situada en el piso bajo, con un joven alferez. A su lado, sobre la mesa, se alzaba una botella del formidable aguardiente de Barcelona, patria del oficial, blanca y fuerte como el alcohol, escoltada por dos vasos y una pila de purós de la Habana.

Juan el Zapote no pudo menos de estremecerse cuando de los ojos del teniente, encastillados bajo espesas cejas ya algo canosas como sus largos mostachos, brotó una mirada inquisidora que lo envolvió todo entero.

Era el catalán un soldado de suerte, rudo y grosero desde sus principios, grueso, tallado más bien para llevar la armadura que el uniforme de paño.

Del examen del Zapote, pasaron los ojos del teniente al de Gaspar, de cuyo rostro se acordó inmediatamente.

— ¡Ah! ¿Es Ud.? — dijo dirigiéndose á este último. — ¿Ha visto Ud. al coronel y me trae noticias suyas? ¿Es él, á Dios gracias, de los que escaparon del desastre de Huajapam?

— Yo no sé á qué asunto se refiere Ud. Todo lo que puedo decirle es que hace algunas horas que los bandidos de Arroyo lo están batiendo en el bosque, entre el camino de Huajapam y el Ostuta.

— ¡Y es hasta ahora, al cabo de muchas horas cuando no es necesario sino una para venir aquí, que viene Ud. á avisarme de los peligros que corre mi coronel! — exclamó el viejo teniente con desconfianza y cólera.

— Yo mismo estaba perseguido como él por los bandidos con mi compadre que está aquí; y no hemos podido escaparnos antes.

— ¡Ah! le pido perdón, lo mismo que á su compadre á quien más bien habría tomado por amigo que por enemigo de Arroyo. ¿Dónde diablos he visto yo su cara, mi amigo?

— Yo he viajado mucho — respondió el Zapote — y no es extraño...

— ¿Y el coronel les rogó que vinieran conmigo? — interrumpió Veraegui.

— Yo lo encontré sin conocerlo; hasta después supe que era él.

— Pues esto sí que es incomprensible — replicó el catalán, cuya mirada se hizo aún más desconfiada.

Gaspar refirió al teniente cómo, en los momentos en que él mismo huía con su compadre, el coronel había saltado delante de ellos desde un árbol y cómo se habían separado sin conocerlo. Hasta allí todo iba bien; pero el narrador se había descarriado por un camino peligroso para el Zapote; le quedaba por explicar cómo había sabido éste por sus antiguos camaradas que el fugitivo que habían visto era el mismo don Rafael.

Gaspar vacilaba; y las miradas llenas de desconfianza del teniente iban de uno á otro de ambos compañeros. El Zapote fué resueltamente en ayuda de su compadre.

— Mi compadre — dijo — no se atreve á decir toda la verdad por precaución de lo que me pueda suceder; pero yo la diré en su lugar. Esto es lo que ha pasado: al salir de aquí para reunirse al señor don Rafael Tres Villas en Huajapam, los ojeadores de Arroyo prendieron á mi compadre, lo llevaron á su campo y estuvo en grave riesgo de perder la vida... si por consideración á nuestro compadrazgo y por amistad no hubiera yo consentido en salvarlo con peligro de acabar mis días.

— ¿Ud. estaba entonces en el campo de Arroyo? — exclamó el teniente.

— A veces se ve un cordero entre los lobos — respondió el Zapote en tono compungido.

— Sí; cuando el cordero parece lobo, hay que desconfiar.

— Contra pecado, misericordia; yo era un cordero extraviado y se acabó.

— ¡Hum! un cordero que aulla con garras y dientes afilados. En fin, continúe Ud.

— Yo siempre he amado la virtud — replicó el Zapote — y en mi calidad de hombre de bien, me hallaba desterrado entre todos aquellos bandidos, cuando mi compadre vino á ofrecerme la oportunidad de huir virtuosamente.

La gran palabra *virtud* que el Zapote hacía pasar tan pomposamente por las formas del sustantivo, del adjetivo y del adverbio, parecía tan malsonante en su boca, que el catalán exclamó:

— ¡Demonio! ¡este acto de virtud debía serle muy lucrativo!

— Nada es lucrativo como la honradez, es mi axioma; siempre, es verdad, que si no hubiera servido bajo las órdenes de Arroyo, los viejos compañeros que encontré en el bosque no me habrían dicho que el fugitivo á quien no conocíamos era don Rafael, no habría venido á avisarle del peligro que corre y mi compadre hubiera sido ahorcado ó fusilado.

— Es verdad como el Evangelio — dijo Gaspar.

— Además — agregó el Zapote — si el coronel ha logrado salvarse como lo espero, será gracias al consejo que le dí de refugiarse entre los bambúes del Ostuta.

— ¿En qué lugar? — preguntó Veraegui.

El Zapote le describió detalladamente el lugar; y agregó por último:

— Por lo demás, tendré el honor de conducirlo allí yo mismo.

— Es decir que Ud. y su compadre se quedarán como rehenes hasta el regreso del coronel. Desconfío por temperamento de las ovejas que han vivido mucho tiempo con los lobos. Si el coronel vive, Udes. vivirán; si ha muerto... ¡Que se lleven á estos dos hombres y que se les ponga centinela de vista! — dijo el teniente sin concluir su frase.

— ¡Qué! ¿Yo también? — exclamó el honrado Gaspar con un asombro poco tranquilizador para su compadre.

— ¡Tanto peor para Ud.! Debía Ud. acordarse del proverbio: « *Más vale ir solo que mal acompañado.* »

Los soldados llevaron á Gaspar y al Zapote, muy desconcertado éste, á pesar de su axioma, de ver tan mal pagado su primer acto de virtud.

El teniente se echó un trago de su refino de Cataluña.

— ¡ Por las llagas de Cristo! — exclamó. — Esta noche acabaré con los bandidos de Arroyo y daré á los chacales y á los buitres una ralea que les alcanzará para hartarse durante quince días!

A sus órdenes, el alférez tiró las cartas y corrió para alistar un destacamento de treinta hombres para ir á paso moderado en socorro del coronel y batir las orillas del río.

En este momento el cuerpo de milicias locales cambiaba con los centinelas del contrafuerte las palabras de orden y de reconocimiento. El gobernador cumplía su palabra.

Este nuevo incidente retardó la partida del destacamento; y mientras que el teniente Veraegui toma sus disposiciones para un ataque general, no dejando en la hacienda sino el número de hombres rigurosamente necesario para guardarla, diremos también en muy pocas palabras lo que había sido de don Rafael.

Desde lo intrincado de la selva en que hallara asilo, el coronel había visto por entre los troncos de bambú, los movimientos del campo de Arroyo, luego, levantarse el mismo campo y á los guerrilleros abandonar las orillas del río.

Entonces, cuando se hizo enteramente de noche y brillaban las más tardías estrellas en lo alto del cielo, el coronel salió de su escondite y miró atentamente á su alrededor. Todo estaba silencioso á lo largo del río; pero de repente aquel silencio fué turbado por tres hombres que pasaban el vado y luego por otros dos que seguían el mismo camino. Eran los primeros el capitán Lantejas con sus dos acólitos; y los dos bandidos que llevaban al capitán las cabezas de sus tres soldados.

El primer cuidado del coronel cuando se vió solo, fué

regresar al lugar del bosque en que había atado al Roncador.

Como su amo, el caballo también había escapado á las investigaciones de los hombres de Arroyo; pero el pobre animal estaba tan extenuado de fatiga y sobre todo de sed, que el coronel hubo de dirigirse á las orillas del río para abrevarlo.

La prudencia se lo aconsejaba también, pues el Ostuta estaba desierto; don Rafael lo sabía, é ignoraba si los alrededores de la hacienda del Valle se hallaban todavía vigilados.

Mientras que el caballo desbridado hallaba hermosa pastura en la verde hierba de las orillas del río, don Rafael, oculto otra vez entre la maleza, distinguió á un hombre que se preparaba para atravesar á pie el vado del río para llegar al lado en que él se hallaba.

El hombre iba solo; y quien quiera que fuese, don Rafael resolvió no dejarlo pasar sin interrogarlo. Apenas el peón puso pie en la ribera, el coronel sable en mano, corrió hacia él ordenándole que lo esperara y asegurándole que nada tenía que temer.

El hombre pareció sin embargo asustarse muchísimo de esta conminación y de la repentina presencia del coronel, cuya enorme espada y cuyos vestidos fangosos y desgarrados, es preciso confesar que nada tenían de tranquilizador.

— ¡ Señor Dios! — exclamó el hombre. — Deje Ud. pasar á un criado que va en busca de auxilio para sus amos!

— ¿ Quiénes son sus amos? — preguntó el coronel con dulzura.

— Los de la hacienda de San Carlos.

— ¿ Don Fernando Lacarra y doña Mariana Silva (1)?

— ¿ Los conoce Ud. ?

(1) En México la mujer casada conserva el nombre de su padre, contra la costumbre de Francia en donde las casadas llevan el nombre de sus maridos.

— ¿Están en peligro?

— ¡Ay! — replicó el criado. — Su casa fué pillada y yo he oído los gemidos de mi amo bajo el látigo de Arroyo...

— ¡Qué, aún ese miserable! — interrumpió don Rafael con violencia.

— Siempre es él cuando hay un crimen que cometer.

— ¿Y su ama doña Marianita?

— Para arrancarle la revelación del lugar en que está oculta flagela el bandido á mi amo; felizmente pude sustraerla á su brutalidad ayudándola á huir por la ventana de la recámara en que estaba escondida. Después huí tras ella y vengo á pedir auxilio á la hacienda del Valle, cuyos generosos defensores no permitirán que se violen las leyes de la guerra.

— ¿Están entonces libres los alrededores? — preguntó el coronel.

— Sin duda. Toda la tropa de los bandidos se concentró á San Carlos.

— ¡Pues bien! ¡Venga conmigo! — exclamó don Rafael; y prometo una venganza tan pronta como sangrienta!

Sin explicarse más, el coronel enfrenó su caballo, lo montó en pelo (se recordará que había abandonado la silla en el bosque) y ayudó al criado á saltar á la grupa. En seguida, se alejaron al trote.

— ¿Y en qué lugar se habrá refugiado su ama? — preguntó don Rafael al cabo de algunos instantes de silencio.

— En la turbación en que me hallaba, no pensé en indicarle la hacienda adonde vamos. Hice que buscara refugio en los bosques vecinos de San Carlos; pero lo importante es que haya podido escapar á las garras de Arroyo. ¡Pobre joven! ¡Era tan feliz esta mañana! — replicó el criado exhalando un suspiro. — Esperaba en todo el curso de este día fatal á su padre y á su hermana á quienes no ha visto desde hace como un año.

El coronel tembló de pies á cabeza.

— ¿Está Ud. seguro de que don Mariano y doña Gertrudis debían venir? — preguntó con angustia.

— Una carta anunciaba su llegada para hoy, al menos. — ¡Con tal de que no caigan en las garras de estos hombres sanguinarios! — ¡Y decir que este Arroyo es un viejo servidor del padre de mi pobre ama!

— ¡Esperemos! — dijo el coronel con esfuerzo.

— Puede ser que la debilidad de doña Gertrudis haya causado un retardo de dos ó tres días en su viaje, lo que sería gran felicidad.

— ¿Qué dice Ud.? ¿Doña Gertrudis estaba pues enferma?

— ¡Y qué! — respondió el criado de don Fernando. — Ud. que parece conocerla ¿ignora pues que ella no es hoy sino una sombra de sí misma, y que una secreta pena la mina y la devora?... ¿pero qué tiene Ud. que tiembla así? — replicó al sentir bajo su brazo que pasaba alrededor del coronel, las sacudidas nerviosas que agitaban á éste.

— No es nada — dijo precipitadamente don Rafael. — Y dígame.... ¿se conoce la causa.... de esa pena tan profunda?

— ¿Y quién no la sabe? Doña Gertrudis amaba á un joven oficial hasta el grado, dicen, de no haber vacilado en hacer voto de cortarse su cabellera, si aquel á quien amaba se salvaba de un gran peligro. El sacrificio se consumó; y sin embargo el que tal vez debía la vida á sus oraciones, la olvidó.

— ¿Y bien? — replicó don Rafael con voz entrecortada.

— ¡Y bien! La pobre joven se muere lentamente por este olvido... y eso es todo! ¡Ah! señor caballero, Ud. está enfermo, le digo — continuó el criado. Siento que su corazón salta bajo mi brazo como si quisiera salir del pecho. Sosiegue Ud. el paso del caballo.

— Es verdad; me ahogo! — respondió penosamente don Rafael. Sufro de palpitaciones... de...

El coronel vacilaba sobre su caballo; y el criado tuvo que sostenerlo para que no cayera.

— ¡Gracias, amigo mío, gracias! — replicó al fin con voz débil el coronel, cuyo hercúleo vigor se doblaba al peso de su emoción. — Me siento mejor... continúe Ud. esa historia.... me interesa. ¿Entonces ese hombre había dicho á doña Gertrudis... que ya no la amaba? ¿Ama á alguna otra?

— Yo no sé.

— ¿No podía ella hacerle saber... por medio de un mensaje convenido.... que debía regresar hacia ella aunque estuviese en el fin del mundo? Tal vez entonces....

Don Rafael no se atrevió á concluir, porque una esperanza largo tiempo contenida comenzaba á invadir su corazón con demasiada fuerza para que no temiera verla destruída de repente.

— Ud. me pregunta más de lo que yo sé en verdad — respondió el criado. — Ya le he dicho todo cuanto sabia acerca de esto.

El coronel ahogó un suspiro y ya no insistió. Pero el Roncador, bajo la nerviosa presión de sus piernas, á pesar del doble peso que conducía, se lanzaba á todo galope hacia la hacienda del Valle.

— ¿Sabe Ud. el nombre de ese oficial á quien amaba doña Gertrudis? — preguntó al cabo de pocos minutos de aquella rápida carrera.

— Lo ignoro también — contestó el criado — pero en su lugar, no dejaría yo morir así de amor á una joven tan hermosa, según dicen, pues yo nunca la he visto.

Estas fueron las últimas palabras cambiadas entre los dos sobre ese tema. Pocos momentos después llegaban á la entrada de la alameda de fresnos en donde los detuvo la voz de los centinelas.

— ¡Diga al teniente Veraegui, si vive aún, que es el coronel Tres Villas! — exclamó don Rafael.

No tardó en resonar en el interior de la hacienda el sonido de los clarines en señal de alegría por el regreso del comandante en jefe, en tanto que el criado de don Fernando se deslizaba á tierra, deshaciéndose en excusas

por no haber reconocido el grado de su compañero de caballo.

— Quizás soy yo quien le estaré agradecido — dijo el coronel — pues voy á encargarlo de un mensaje.... importante.

El criado se inclinó; y mientras que el teniente Veraegui avanzaba con dos alféreces y soldados portadores de antorchas al encuentro del jefe de la guarnición, cogió respetuosamente la brida del caballo.

No sospechaba don Rafael, al entrar á la hacienda, los ardientes votos que hacían por su salvación el mensajero de doña Gertrudis y su compañero, á quien su virtud de reciente fecha, parecía serle tan poco provechosa.